

# DEBATE SOBRE ECOLOGIA POLITICA IBERICA

## ENTREVISTA A JOAQUÍN NIETO Secretario Confederal de Ecología y Medio Ambiente de CCOO

Nicolau Barceló



*Entrevistamos para Ecología política a Joaquín Nieto, de 36 años, Secretario Confederal de Ecología y Medio Ambiente de Comisiones Obreras desde enero de 1992 y miembro de la Ejecutiva de CCOO desde 1984. Esta entrevista, sobre diversas cuestiones de Eco-sindicalismo, tuvo lugar en la sede central de CCOO en Madrid en julio de 1992, poco después de la huelga general del 28 de mayo y de la Conferencia de Río de junio de 1992.*

EP.— ¿Cómo son las relaciones entre el movimiento ecologista y el movimiento sindical y cómo deberían ser unas relaciones normales entre estos dos movimientos en una sociedad más estructurada?

Joaquín Nieto.— Creo que es interesante ver primero el pasado, puesto que ahora asistimos a un proceso de convergencia entre ambos movimientos. Su relación en el pasado ha sido difícil. Eso está bastante claro. Son hijos de un mismo fenómeno, la revolución industrial, la cual trastoca cualitativamente las relaciones sociales (entre personas) y las relaciones de las personas con la naturaleza. Las opciones económicas por las que se decanta una sociedad determinan cómo van a ser sus relaciones con la naturaleza. Creo que ahí está la base y el fondo de la convergencia de la que vamos a hablar.

El movimiento sindical es más precoz. El

ecologista, como tal movimiento (no la sensibilidad), es más tardío. El tipo de preocupación es diferente: el movimiento sindical es de raíz genuinamente social, la injusticia social que produce este cambio es su asunto central. En el caso del movimiento ecologista, en sus inicios, se preocupa más por la relación con el medio natural. Posteriormente se han ido dando las condiciones de convergencia: de un lado, porque las relaciones con la naturaleza no son ajenas al tipo de organización social existente y a sus valores; y del otro, al sindicalista le invaden preocupaciones que van más allá de su relación con los medios de producción: cuál es su porvenir como ciudadanos en general y ahí la crisis ecológica empieza a afectar claramente a sus valores. Para mí está clara la necesidad que tiene un movimiento del otro. Sin el movimiento sindical, el movimiento ecologista se quedará a las puertas de las fábricas, a las puertas de la producción, y le será muy difícil actuar; por su parte, el movimiento sindical no se puede limitar al ámbito de la producción, porque entonces no estará respondiendo adecuadamente a las necesidades de la población en materia de salud, de bienestar, de futuro,... e incluso puede entrar en graves contradicciones en el marco de la producción, en concreto sobre el empleo. Los empleos si no son, digamos, ecológicamente sostenibles no pueden ser empleos estables en el futuro.

Ahora ambos movimientos se han cruzado en el camino. Podemos o bien mantener un simple conocimiento mutuo y mitigar algo los enfrentamientos que haya podido haber en el pasado o bien entablar una amistad más profunda para recorrer el camino juntos. Eso significa integrar la causa ecologista en la reivindicación sindical y, en el ámbito ecologista, profundizar los aspectos sociales y desarrollar alternativas socioecológicas. Este fenómeno ya se está dando: el movimiento ecologista está evolucionando en esta dirección. Se ha hecho más social. Los ecologistas ven que tienen que actuar sobre las causas sociales y económicas de la crisis ecológica. Te podría citar a Greenpeace, pero se trata de un fenómeno más generalizado: organizaciones que no nacieron con un componente so-

cial, lo están adquiriendo. No sé lo qué pasará, pero se están poniendo las condiciones para avanzar juntos.

EP.— ¿Crees que los «núcleos duros» del movimiento sindical y del movimiento ecologista son permeables a esto que expones? Pongamos una reunión de los principales dirigentes sindicales o una asamblea de la CODA, ¿crees que se detectan influencias de la causa ecologista en los primeros y preocupaciones sociales en los segundos?

JN.— Sí, creo que sí. El V.º Congreso de Comisiones es un ejemplo claro. Se abraza el compromiso ecologista en términos bastante claros y con horizontes que superan lo laboral. No es sólo retórica, sino que se toman además medidas organizativas que respondan a ello a nivel confederal y en todas las organizaciones para llevar a la práctica un plan de trabajo. Observo dinámicas parecidas en el movimiento ecologista. Hay unas relaciones cordiales, basadas no sólo en el talante personal de la gente que estamos ahí, sino también en una voluntad de acuerdo. Desde que me hice cargo en Comisiones de los temas de ecología, he estado en las asambleas de AEDENAT y de la CODA, donde han valorado muy positivamente el compromiso de Comisiones. Es muy importante que treinta organizaciones ecologistas españolas significativas hayan apoyado la huelga del 28 de mayo. Están surgiendo muchos terrenos de cooperación cotidianos, como la propuesta de desarrollo de la energía eólica, que es una opción que crea tejido industrial y empleo, a la vez que se incluye entre las renovables y de menor impacto sobre el medio ambiente. Es una propuesta sindical y ecologista.

Cuando hemos abordado temas como la incineradora de Almadén o la contaminación de los bosques del Maestrazgo por la térmica de Andorra (Teruel) no lo hemos hecho sólo hablando con las empresas, sino también con el movimiento ecologista. Hemos hecho estudios y análisis en estrecha colaboración.

Pero tú me hablabas de los «núcleos duros». ¿Qué pasa cuando vamos más allá de AEDENAT, que es la organización ecologista con más sensibilidad social, o más allá de la Secretaría de medio ambiente de Co-

misiones, su parte de mayor sensibilidad ecologista? ¿Qué pasa en el mundo sindical en general y qué pasa en el mundo ecologista en general? Aquí mentiríamos si dijéramos que el trabajo está hecho. Sin embargo, la receptividad es muy grande. Es la ejecutiva de Comisiones la que aprueba el informe sobre la energía eólica o la que decide la posición del sindicato sobre el tren de alta velocidad, el AVE. Los compromisos los adquiere todo el sindicato. El AVE tiene un gran impacto ambiental y supone un determinado modelo de transporte. Esto se debatió en la ejecutiva y se asumió el compromiso ecologista. Nuestra participación en la Conferencia de Río ha sido asumida por el conjunto del sindicato. La entrevista de Redondo y Gutiérrez con los ecologistas es también prueba de receptividad y de ganas de colaborar. También tengo claro que habrá dificultades.

EP.— Me parecería interesante que lanzaras algunas reflexiones sobre la necesidad de hacer compatible la reducción de las desigualdades sociales (uno de los objetivos primordiales del sindicalismo) con el uso, llamémosle, sostenible de los recursos naturales y la protección del medio ambiente.

JN.— En términos mundiales, que es como hay que abordar esta cuestión, estos aspectos están muy relacionados. Está claro: el 20% de la población consume el 80% de los recursos. He ahí plasmada la desigualdad. Si a esto le añadimos que el modo de producción existente, el capitalismo, impide la generalización de estos niveles de consumo a toda la población, porque no hay recursos suficientes para satisfacerla y porque los residuos serían demasiados, es evidente que la relación entre la lucha por la igualdad y la lucha por un desarrollo ecológicamente sostenible es muy estrecha. Sin cambiar los modelos de desarrollo existentes, con sus injusticias sociales y sus impactos ambientales, no habrá ni igualdad ni preservación del medio. A nivel planetario, es un asunto diáfano. Todo el mundo acaba reconociéndolo.

Esto se complica un poco más en el tercio del mundo en el que nos ha tocado vivir, en los países industrializados. No cabe duda que el mayor bienestar de que se goza tiene que ver con el nivel de consumo y, por lo

tanto, con la desigualdad a escala planetaria de la que hablábamos. Persiste la identificación entre calidad de vida y nivel de vida, términos cada día más lejos uno del otro. Una mayor cantidad de consumo nos está llevando al deterioro de la calidad de vida con una dinámica exponencial, pero eso no es fácil de percibir.

En nuestra parte del mundo, hay que distinguir dos aspectos: la realidad y la percepción de la realidad. La realidad es que estamos abocados a, primero, hacer un tercer mundo dentro de nuestro tercio, es decir, hay una dinámica de segregación y de marginación cada vez mayor de personas y de regiones. Segundo, a una disminución importante de la calidad de vida. Tercero, a la larga, el tipo de desarrollo y de consumo nos crearán problemas serios con el empleo. La percepción de la realidad no es esa, la gente identifica las épocas de pleno empleo con las épocas de creación de grandes cosas futuras (urbanizaciones, polígonos industriales,...), épocas que han dañado seriamente el medio ambiente y que han lanzado el tipo de consumo destructivo que conocemos hoy: automóvil, producción energívora, etc.

EP.— Siendo un poco provocativos, ¿puede uno atreverse a decir que no hay ninguna crisis económica, sino una crisis ecológica, algo así como «disculpen ustedes, pero esta crisis no es económica, sino ecológica»?

JN.— Existen las dos y van muy unidas a escala planetaria. El fracaso del capitalismo verde es que no puede resolver ambas crisis simultáneamente y si no se resuelven las dos simultáneamente es imposible resolver cualquiera de las dos. Tan sólo puede amortiguar estos conflictos en el primer mundo, pero no en el tercero.

La crisis económica tienen razones de ser internas, del propio funcionamiento económico (producción y superproducción), sin desdeñar las influencias ecológicas de esta crisis. Ahora bien, en el futuro la confusión de ambas crisis va a ser cada vez más cierta, por problemas con los recursos y con los residuos. Hoy por hoy, sin embargo, creo que no, que la crisis económica tienen razones propias.

Al hilo de esta pregunta, me gustaría vol-

ver sobre el tema de las desigualdades regionales. Precisamente estas desigualdades son sociales y ecológicas. Hay áreas deprimidas y degradadas con muy pocas posibilidades de integrarse en el modelo de desarrollo que se impone en el conjunto y donde se concentran los mayores problemas ambientales. Las redes de transporte, caso de Italia por ejemplo, han dejado a las zonas más desfavorecidas sin industria y las han relegado al papel de mercado de segunda, no les han aportado nada, se lo han quitado.

Veamos un caso nuestro. En Murcia, Cartagena, La Unión y Portman. Un determinado tipo de desarrollo, por razones ecológicas, acaba siendo motivo de empobrecimiento de una comarca. En Cartagena, algunas empresas están dando razones ambientales para cerrar, cuando nunca les habían preocupado los efectos de su actividad. Sólo se habían ocupado del mercado. ¿Qué alternativas tiene ahora la zona minera?

El caso es que tenemos niños y niñas con plomo en la sangre y a trabajadores en la calle defendiendo sus puestos de trabajo en las industrias contaminantes. Hace muchos años que debía haberse actuado. El retraso en actuar sobre los problemas derivados de la contaminación ambiental se paga muy caro socialmente y laboralmente en las poblaciones circundantes y entre los trabajadores.

EP.— Otro sector donde se reproduce esta situación es el turismo...

JN.— Sí, el caso del turismo es un caso de libro. Determinados proyectos económicos, de gran impacto ambiental, suelen ser de ciclo corto y lo que hacen es destruir las fuentes de su riqueza. El entorno natural es el reclamo para el turismo. Cuando el desarrollo de la industria turística destruye el litoral mediterráneo, éste pierde su capacidad de atracción, se satura y la fuente de riqueza desaparece. El cortoplacismo en el empleo ha sido dominante en la construcción y la hostelería, con puestos eventuales. Es un caso de manual. A los sindicatos, desde el punto estrictamente laboral, debe ya preocuparnos la planificación y debemos pensar que no es válido cualquier tipo de desarrollo, ni todo tipo de

tecnología. Debemos comprender que si queremos ejemplos estables a largo plazo, hay que cuidar esa relación entre el desarrollo y el medio ambiente y pensar en términos de ecodesarrollo.

EP.— Viajemos por un momento a los países del este de Europa, a los del llamado socialismo real, en los que descubrimos día a día un fuerte deterioro social y un fuerte deterioro ambiental. Sería interesante conocer tu opinión al respecto: ¿ha sido ese socialismo peor que el capitalismo?, ¿lo malo es la base industrialista común a ambos sistemas?

JN.— Bueno, para empezar estos países tenían muy poco de socialistas. Eran modelos de planificación burocrática, con grandes dosis de enajenación de lo que llamaban «proletariado», al que decían defender. No eran modelos socialistas, pero no eran tampoco —evidentemente— modelos capitalistas. Más bien modelos postcapitalistas en los que hemos visto un tipo de desarrollo tan o más agresivo con el medio ambiente que en muchos países capitalistas. Primera lección: no basta con actuar sobre la propiedad privada de los medios de producción para pensar que muchos otros problemas encuentran ahí su solución. Mucho menos, las relaciones con la naturaleza y la protección del medio ambiente. Se pueden dar otros modelos no capitalistas o postcapitalistas socialmente injustos y ecológicamente insostenibles. Es muy interesante que en el mundo sindical y las tradiciones de pensamiento socialista lo tengamos en cuenta. ¿Por qué? Segunda lección: pues porque en la imperiosa necesidad de construir modelos alternativos importa mucho entender la ligazón entre la resolución de las desigualdades sociales y la preservación del medio. Por ahí tiene que venir la aportación de la corriente ecosocialista. Es casi un deber de nuestra generación: si no podemos dejar a las generaciones venideras una revolución triunfante, al menos debemos dejarles las bases para la crítica y la alternativa de la sociedad en la que vivimos.

EP.— Se oyen ya muchas voces diciendo que el Estado como institución está fracasando en sus intentos de detener el avance de la crisis ecológica. ¿Cuál es tu opinión en torno a este tema?

JN.— Yo creo que en cuanto al Estado está todo por repensar. El Estado tal como lo conocemos hoy recibe la incidencia cruzada y crítica de la cuestión ambiental. Por arriba y por abajo. El Estado aparece como una institución absolutamente insuficiente para poder actuar sobre temas que le exceden y que implican soluciones supranacionales. De un lado, estamos abocados a problemas globales (como el efecto invernadero), la contaminación no conoce fronteras, la interdependencia es cada vez mayor, etc. Las soluciones parciales no lo pueden resolver y el Estado se queda pequeño.

De otro, hay crisis por abajo. La tendencia del Estado es actuar sin tener en cuenta los derechos de las comunidades locales. Es evidente en todas partes. Los derechos de las comunidades indígenas en el Amazonas no son respetadas por el Estado. Aquí, en los casos de plantas de tratamiento de residuos, nos encontramos con lo mismo. Estas plantas suelen ir a dar a las zonas más deprimidas y débiles socialmente.

Van a producirse convulsiones. Es un tema delicado, porque existe un riesgo en las soluciones supranacionales —lo hemos visto en la Cumbre de la Tierra— de que los países económicamente hegemónicos sean finalmente los que impongan soluciones a escala planetaria, ya que no existen instituciones democráticas en el plano internacional que pudieran representar a todos los ciudadanos del mundo. Las instituciones están demasiado influidas por los poderes fácticos —económicos y militares— de una serie de países. Al hablar, pues, de soluciones supranacionales hay que ser muy prudente y además hay que pensar en qué tipo de mecanismos pueden democratizar los procesos que tomen soluciones efectivas para que cuenten con la participación de los ciudadanos.

Lo mismo sucede en el «terreno inferior». La democracia efectiva no existe, el derecho a la información no existe (fíjate en los estudios de impacto ambiental), las poblaciones no tienen derecho a veto respecto a la limitación de determinadas industrias, tecnologías, procesos que les afectan especialmente. Los Estados no hacen extensible su amada soberanía a las co-

munidades locales. En el Tercer Mundo, las multinacionales tienen en las élites del Estado sus mejores cómplices para su acción depredadora social y ambiental.

Como digo, hay que repensar la función del Estado. Sin embargo, por otro lado, no podemos dejar al mercado a su libre albedrío. La lógica del mercado, sus constantes necesidades de expansión y acumulación de capital, implica costes ambientales muy altos y una ceguera absoluta, como la del alcohólico que sabe que beber es perjudicial, pero que mientras dure... Existe toda una presión de las multinacionales, que no es sólo un lavado de cara, sino que es toda una orientación activa sobre el terreno ambiental y que clarísimamente cuestiona los mecanismos del Estado y que los quiere sobrepasar.

La solución de los problemas ambientales y el ecodesarrollo suponen mucha planificación. Hoy en día la planificación está de lado de las multinacionales, que planifican según sus intereses. Se necesita una planificación social a medio y a largo plazo. Si hablamos de otro modelo energético, nos estamos refiriendo a un período que tardará 60, 70 u 80 años, y debemos de pensar en el modelo de transición y tomar medidas hoy. Esta planificación debe atenerse a la reversibilidad y a la precaución que nos enseña la ecología, puesto que pueden surgir problemas no previstos ahora. El componente social de la planificación implica hablar de las instituciones que toman decisiones y que deben ser lo más democráticas posibles e implica hablar asimismo de la organización social que las sustenta. Conclusión: hay que repensar los límites del Estado y hacerlo más allá de si está o no en buenas manos. Todas las posibilidades parecen abiertas, pero de momento sólo tenemos planteado el problema.

EP.— Volvamos sobre la cuestión del empleo, que es más cercana a los sindicatos...

JN.— Empleo y manejo de los conflictos, sobre lo que también deberíamos reflexionar.

EP.— Entonces, enlazamos con lo que decías al principio.

JN.— La condición para que pueda existir una convergencia estable entre el movi-

miento ecologista y el movimiento sindical es que existan una serie de intereses comunes de fondo, intereses convergentes, los cuales para los sindicalistas pasan necesariamente por el empleo. Sin responder a la pregunta cuán compatibles son el empleo y un desarrollo ecológicamente sostenible, sin responder afirmativamente a esta pregunta, será difícil la convergencia y viviremos en conflicto. Yo creo que es posible. La relación se da en términos bastante positivos, por dos fundamentos: el primero, los empleos estables son necesariamente empleos ecológicamente sostenibles; el segundo, el medio ambiente es un gran generador de empleo. Aquí chocamos con el capitalismo verde, que no quiere tecnologías limpias, sino tecnologías limpiadoras. Quieren hacer negocio contaminando y negocio descontaminando. Desde este punto de vista, cuando contaminas y cuando descontaminas, estás generando crecimiento y empleo. No es eso a lo que me refiero, cuando digo que el medio ambiente es un generador de empleo, sino a la reconversión ecológica de la industria.

A largo plazo, pues, empleo y ecología van de la mano. El problema es qué pasa en el corto y cortísimo plazo, sobre todo en una situación en la que no hay pleno empleo, como la que vivimos hoy, en la que tenemos un 15% de desempleo y ¡subiendo! Nos encontramos cotidianamente con dos tipos de problemas: un primer problema es el de medidas de prevención y protección ambiental que ponen en peligro el empleo. Si hay que hacer una reconversión, cuyos costes financieros la empresa no puede soportar, se pone en riesgo el empleo. Actuar sobre los vertidos —intolerables— de una empresa es actuar sobre su empleo. Lo mismo en el caso de empresas que se han especializado en el manejo de productos dañinos para el medio ambiente y la salud laboral. El segundo conflicto está en las expectativas de generación de empleo. En situaciones como la presente, con problemas de pauperización de zonas, las multinacionales buscan instalar en ellas sus plantas más contaminantes. Lo que se hace en el Tercer Mundo también ocurre aquí. La gente ve las posibilidades de creación de empleo en contradicción con la conservación del medio ambiente.

Estas contradicciones generan conflicto, entonces ¿cómo abordamos estos conflictos desde el sindicalismo y el ecologismo? Este tipo de conflicto es de naturaleza distinta a los que desde el sindicato estamos acostumbrados a tratar. Estamos acostumbrados a un conflicto entre capital y trabajo, entre intereses antagónicos. Ahora el conflicto se da entre intereses todos ellos legítimos y no necesariamente antagónicos. Aunque lo sean en un momento dado, a largo plazo no lo son y pueden hallarse soluciones. Esto exige otro tipo de reflexión y de tratamiento, que ahora estamos aprendiendo y más que vamos a tener que aprender. Hay que partir de la base de la legitimidad de los intereses de los obreros al defender sus empleos y de la legitimidad de los intereses del conjunto de los ciudadanos al exigir la preservación del medio ambiente. Entonces la clave está en buscar la armonización de intereses, siempre que esto sea posible. Hay dificultades que en ocasiones lo imposibilitan. Por ejemplo, nosotros estamos por el cierre de las centrales nucleares y esto tiene un impacto social negativo, del que somos responsablemente conscientes y queremos encontrar soluciones a este problema. Al fin y al cabo, los trabajadores no somos responsables del modelo de desarrollo ni de las decisiones económicas ni de la tecnología utilizada y no podemos ser los que paguemos las consecuencias. Las empresas y el Estado, como responsables de esas decisiones, deben solucionar los problemas sociales que de ellas se deriven. Precisamente para que en el futuro no ocurra lo mismo que está ocurriendo ahora con las centrales nucleares, nos oponemos ahora a las incineradoras de residuos.

Cuando el mantenimiento de los empleos no sea posible, habrá que buscar soluciones externas y recolocar a los trabajadores. Pero en otros casos será compatible y la dificultad estará en la necesidad de unas inversiones para efectuar la reconversión. Las decisiones económicas para realizar esas inversiones no las toman ni ecologistas ni sindicalistas, ni ciudadanos ni trabajadores, sino que son las empresas y la administración. Nos podemos encontrar con que hemos diseñado la alternativa que armoni-

za los intereses, pero que no podamos llevarla a la práctica porque nos falta el poder económico y el poder político, con lo cual seguirá el problema: una térmica que contamina los bosques si funciona y que pone en riesgo los puestos de trabajo si se para.

Este problema es el reto de sindicalistas y ecologistas. Trabajar juntos para presionar a las empresas y a la administración. Desde esta óptica tratamos el caso de la térmica de Andorra. En general hay que huir de los dos extremos: no se puede decir que como a largo plazo ecología y empleo van de la mano no existe el problema, porque existe y hay que encararlo, ni atrincherarse en que no hay soluciones.

¿Cuál debe ser, desde el sindicalismo, la prioridad a la hora de abordar este tipo de conflictos? Yo creo que los intereses generales y el largo plazo, es decir, que debemos poner en primer lugar el desarrollo ecológicamente sostenible, por lo tanto no podemos priorizar el empleo a costa de cualquier cosa, sino que otras consideraciones sitúan el tema del empleo en otra dimensión. Ahora bien, que sepan los ecologistas que vamos a ser muy beligerantes cuando se pretenda relativizar el impacto social que pueda tener determinadas actuaciones de preservación del medio ambiente. Acostumbrémonos a valorar el impacto social y el ambiental paralelamente.

Ep.— No estaría bien que nos quedáramos sin algún comentario sobre internacionalismo obrero y internacionalismo verde: ¿sustituye el segundo al primero?

JN.— Lo que me resulta interesante de esta cuestión es la complementariedad. Lo hemos visto en Río. El ecologismo ha supuesto un aporte extraordinario al internacionalismo. Al llamar la atención sobre la dimensión planetaria de la crisis ecológica, nos ha enseñado como determinados hábitos de producción y consumo tienen efectos negativos sobre personas que no tienen acceso a ellos, situando un nuevo internacionalismo en primera línea. Por ejemplo, al advertir sobre el tráfico de residuos en dirección Norte—Sur ha incorporado una vertiente solidaria al internacionalismo que el movimiento obrero antes no tenía en cuenta.

Así pues el internacionalismo proletario

(con estas palabras), que es una de las aportaciones más ricas del movimiento obrero y socialista a la conciencia colectiva y al pensamiento, ha cobrado una nueva dimensión y una nueva frescura con el ecologismo. El obrero vive de la industria, en un sistema económico que le da de comer, y todo lo que trastoque este modelo genera inmediatamente desasosiego y no genera espontáneamente adhesión. El nuevo planteamiento exige ser solidario más libremente.

EP.— Hay alguna cosa que quieras añadir y/o que juzgues interesante para los lectores de *Ecología política*.

JN.— Sí, concretamente el debate interno que mantengo en Comisiones con la gente que se dedica a temas de salud laboral. Tiene que ver con movimiento obrero y conciencia ecologista. Existe la idea de que el movimiento puede llegar a la conciencia ecologista a partir de la salud laboral, es decir, los trabajadores se preocupan por su salud en el trabajo, después por la salud laboral colectiva, después por el medio ambiente interno en su trabajo y finalmente por el medio ambiente externo y general. Sin ser esto incierto, es demasiado parcial y no verdadero. Sin salir fuera de la producción es muy difícil que el movimiento obrero pueda adquirir esa conciencia. Hace falta mirar el conjunto, porque los efectos muchas veces son a largo plazo y porque no se producen siempre in situ. ¿Cómo conectamos las lluvias ácidas con la salud laboral? ¿Cómo preocuparse por lo que puede suceder dentro de 40 años sin una reflexión global?

Esto es muy importante tenerlo claro en el mundo sindical porque tiene mucho que ver con las reivindicaciones y el tipo de actuación que se lleva a cabo. Fíjate en el caso de la minería, sector pionero en tratar la salud laboral debido al riesgo personal que conlleva, pero que será de los últimos en producirse un acercamiento a los temas ambientales. Otro caso, la construcción, donde la salud laboral no conecta con la preocupación de cómo se construyen los edificios para que sean energéticamente eficientes. Desde la salud laboral no se entiende que ésta sea una cuestión clave para futuros modelos energéticos. Hace falta una preocupación más global.

Desde luego que hay una relación, la cual permite al mundo sindical actuar desde la salud laboral y la producción, partiendo de unos conocimientos propios en relación con los productos y la salud de los trabajadores, en las cuestiones de riesgo para la salud de los ciudadanos y el medio ambiente en general. El mundo sindical tiene no sólo una situación privilegiada para poder inter-

venir a fondo en la reconversión ecológica necesaria del trabajo, la producción y el consumo, sino que además tenemos los conocimientos y la organización para hacerlo. El reto está en incorporar el compromiso ecologista en el sindicalismo. Si lo conseguimos, el ecologismo habrá dado un salto de gigante.

Essai et documents

ALAIN LIPIETZ  
**VERT ESPERANCE**  
L'AVENIR DE L'ÉCOLOGIE  
POLITIQUE

A la recherche d'alternatives  
démocratiques alternatives, en  
face de la crise écologique.  
A la recherche de nouvelles  
formes de gestion sociale,  
face à la crise écologique.  
L'écologie politique est-elle  
une science? ou un art?  
L'écologie politique est-elle  
une science? ou un art?  
L'écologie politique est-elle  
une science? ou un art?

LA DÉCOUVERTE



Alain Lipietz

Parce que les milieux d'hommes et de biens qui sont au  
cœur de la vie écologique, humaine, sont vécus par une  
plupart de conscience des périls pour l'environnement.  
D'autres qui s'étaient avérés dans les grands mouvements  
romanciers de ce siècle, le socialisme, le socialisme  
réaliste, et qui se tournent, depuis, vers l'écologie, l'écologie  
politique. Que faut-il penser des alternatives possibles contre les  
Virus (ils protègent la nature aux humains)? Comment  
l'écologie politique ne craint l'écologie de justice  
sociale dans nos pays développés, et de solidarité avec les  
peuples opprimés? Pourquoi rejeter-elle de l'écologie  
tout bonnement, dans le positionnement de gauche?  
A ces interrogations, ce livre, écrit par un  
économiste qui tenta jadis d'indiquer les politiques écologi-  
ques de la gauche quand celle-ci incarnait encore l'espé-  
rance, propose quelques réponses. Il explore les enjeux  
d'avenir de l'écologie politique, réorganise autour de deux  
grands axes : une logique économique post-capitaliste, un  
nouvel internationalisme, une alternative aux forces politi-  
ques traditionnelles.

Alain Lipietz, économiste, est directeur de CIPRI-MAP  
(CNR), parti-parti de la Commission de coopération des  
Villes et conseils régionaux d'Ile-de-France. Il est l'auteur de  
nombreux ouvrages théoriques et d'écologie politique, parmi  
lesquels "L'écologie politique" (La Découverte, 1984) et  
"L'écologie politique" (La Découverte, 1989).

Collection "Cahiers Alternatifs", 156 pages  
pour 10000 F (10000 F) (10000 F)



# Capitalism Nature Socialism

A Journal of  
Socialist Ecology

**THE STATE AND RESOURCE  
MANAGEMENT**  
Geothermal Development in Hawaii  
Sonia Patricia Jank and  
Muelita Marie Rodriguez  
Eco-Imperialism in the Virgin Islands  
Barbara Johnston

**SYMPOSIUM ON THE  
SECOND CONTRADICTION  
OF CAPITALISM**  
Enrique Lora, Albert Recio

**CONFERENCE REPORT**  
Biodiversity at Rio  
Henk Hobbelink

**RESEARCH REPORT**  
Biotechnology Research  
Alessandro Bonanno  
**ECOLOGICAL AS SCIENCE**  
Jean-Paul Deléage, Histoire de  
l'écologie - Une science de  
l'homme et de la nature  
Eric Darier/Isidoro Bagnato

**RED GREEN POLITICS**  
Think Globally, Act Locally?  
James O'Connor  
Red Green Politics in Ireland  
John Barry

**THINGS**  
Out of Place and Out of Soils  
Harriet Averil on Earth Alteration  
David Macaulay

**WATER POLITICS**  
Fount of Plenty or Bureaucratic  
Boondoggle? The Namada project  
Gail Owslett  
The Middle East Water Crisis  
Richard Seddon

